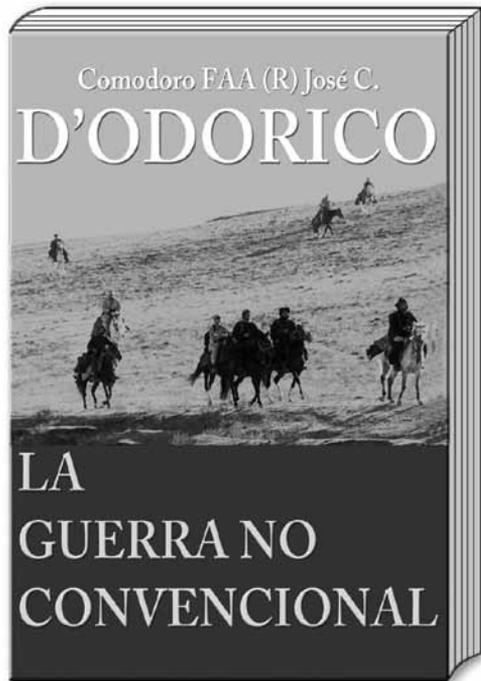


La Guerra no Convencional

COMODORO FAA (R) JOSÉ C. D'ODORICO



Nota del Editor: *El Air & Space Power Journal (ASPJ), en español, inicia en este número un proyecto tan original como interesante, por el formato que adoptará a lo largo de las próximas ediciones regulares. Es el estudio en serie de un fenómeno que despierta la preocupación mundial por sus consecuencias sociales y políticas, a pesar de que no es un acontecimiento totalmente novedoso. La evolución del evento no ha sido gratuita, pues ha producido y produce suficientes heridas a naciones, poblaciones e instituciones, como para que su conocimiento e investigación se gane una atención especial.*

Pero con solamente describir el problema, no lo resolveremos. Es una providencia mínima que nos brinda el chance de aprender los misterios que encierran esos sucesos. Necesitamos conocerlos antes de intentar controlarlos o dominarlos si ello es posible.

Como criterio general, una vez que se detecta una dificultad que causa daños a las instituciones y la comunidad, se impone la búsqueda de una saludable curación para revertir la situación.

En este caso, el sujeto a estudiar y neutralizar es la “guerra no convencional”. Por cierto, hay una búsqueda ansiosa de la estrategia que nos haga soñar con su neutralización, pero hay que comenzar por el principio para llegar al final. Por lo tanto, hay que trabajar en múltiples canales con la participación de políticos, analistas, académicos, historiadores y sociólogos, sin descartar a los militares, antes de delinear cursos de acción tentativos que ayuden a transformar en realidad nuestra esperanza.

A juicio del autor, que expondrá detalles poco conocidos de este fenómeno en los capítulos a publicar, hay un déficit en la comprensión de la “guerra no convencional”. Ese vacío se debe a que aún no ha sido debidamente desmenuzada y explicada, y por consiguiente seguimos buscando una plataforma desde donde pueda ser lanzada la contra-ofensiva. Con esa expectativa, el Comodoro FAA (R) José C. D’Odorico hará una presentación del acontecimiento, puntualizando que su pensamiento no compromete la posición u opinión oficial de instituciones y autoridades de ningún país. Para este veterano militar, admirador de Sun Zi (Sun Tsu), mal se puede encarar la solución de un problema sin conocerlo desde todos los ángulos.

ASPJ aceptará gustoso el punto de vista que los lectores quieran hacernos llegar en cualquier momento sobre los capítulos que publicaremos. Nuestro deseo es despertar las inquietudes profesionales y enriquecer el texto que comenzamos a ofrecer, que desde ya no pretende ser una verdad revelada. Nos sentiremos muy satisfechos si esta experiencia es exitosa.

El Editor,

Air & Space Power Journal–Español
Maxwel AFB, Alabama

CAPITULO I

La Guerra y los Protagonistas

Exploremos el enigma

A modo de paso inaugural, vamos a ampliar nuestro conocimiento sobre la guerra como acontecimiento humano y como sujeto central de este ensayo. Por consiguiente, haré algunas precisiones y comentarios adicionales sobre tan dramático fenómeno, cuyo concepto ha evolucionado en varios sentidos en el último siglo. Cuando la Tierra era aún un planeta apenas explorado, el ilustre Sun Zi¹ ya se atrevía a pontificar con un sesudo criterio que “la guerra es un asunto de importancia vital para el Estado y es forzoso estudiarla a fondo”.

Tanto se han modificado los rasgos que caracterizaron la lucha mayor a lo largo de la historia, que lo que empezó siendo una empresa de hombres reclutados por un conductor, que dirimían sus diferencias de manera sangrienta, abierta y con banderas flameantes en un territorio acotado donde maniobraban los guerreros, actualmente se desarrolla mediante encuentros donde los combatientes son de ambos géneros y manipulan armas impactantes que a veces cuesta atribuirles ese título.

Pero no sólo se modificaron las armas, las estrategias, las dimensiones, los campos de batalla, las doctrinas y sobre todo las razones que estaban detrás de esos hechos. Probablemente Sun Zi se sentiría hoy profundamente turbado si tuviera que conducir un ejército moderno, donde la obediencia y la disciplina siguen siendo factores preservados con firmeza, pero el general ha dejado de ser el amo incuestionable de sus tropas.

Nunca antes los ciudadanos movilizados, hombres y mujeres por igual, han operado sistemas de armas que están llevando a muchos a imaginar que comenzamos a arribar a una forma de combate por delegación, ni la gente que vive en los centros urbanos y rurales ha hecho valer su presencia con tanta vehemencia en las decisiones de los estadistas y los comandantes militares.

En una visión retrospectiva, vemos a la guerra como la expresión de una pugna donde los contrincantes intentan imponer mutuamente sus decisiones por medio de la violencia y con tal fin se auxilian con equipos y sistemas que pretenden aterrorizar al contrario. Cada cual quiere hacer declinar la resistencia del otro, es decir, la que previene, defiende o anula la amenaza. Sun Zi, cuyo aprecio de la milicia no desdecía sus virtudes humanas, estaba consciente que “las armas son herramientas de mal agüero”. Por algo el general chino entendía que “la guerra es un asunto grave y causa aprensión ver embarcarse en ella a los hombres sin la debida reflexión”.

Aunque los antagonistas de otras épocas transitaron por escenarios bélicos muy diferentes de los actuales, no está demás releer algunos de sus legados y compararlos con los sucesos de hoy. Hay concordancias que nos asombrarán. Por eso, para instalar una base homogénea de trabajo, propondré una definición genérica de la guerra de factura personal, que me dará un buen sustento para discutir la cuestión central o sea la confrontación “no convencional”, irregular o heterodoxa.

Para conciliarla con los fines expuestos, acudiré a un enfoque universal, en el que mi opinión sobre el tratamiento del tema no interfiera con otra manera de pensar que discrepe con alguna de sus partes. Veo la guerra como un suceso con una inusitada violencia, alta complejidad y cruel, que se manifiesta con vertientes ideo-políticas, económicas, sociales y militares, estrechamente interrelacionadas. Su morfología incluye la presencia de bandos que chocan con poca o mucha estridencia para alcanzar fines que aparentemente no pueden ser obtenidos por otras vías que no sea la fuerza. Esa disputa brutal es presidida por la decisión de quebrar la voluntad del rival.

Karl von Clausewitz insistió en la coacción de la voluntad, pero no razonó sobre una de-

cisión previa. En la guerra, donde se pone en juego el futuro de una nación, la decisión del líder es parte inseparable del posicionamiento que garantiza el ejercicio de la voluntad. No obstante, para no comenzar una discusión extravagante sobre el pensamiento de tan ilustre filósofo militar, admito sus dos frases determinantes que no niegan mi punto de vista: “imponer la voluntad al enemigo” y “quebrar la voluntad del oponente”.

¿Por qué creo que la decisión debe anticipar la “imposición de la voluntad”? Porque es el anuncio enfático y convencido del jefe que afirma la intención de “imponer su voluntad, quebrando la del enemigo”. Es la ratificación que excluye el titubeo y refrenda el compromiso de “lograr el objetivo”. La decisión del conductor equivale a proclamar que está resuelto a concretar su voluntad.

El fecundo razonamiento del general von Clausewitz (1780-1831) señaló a la política como el socio inseparable de la guerra. No voy a cuestionar la genialidad de esa idea capital que fraguó su conocida definición, “la guerra es la continuación de la política por otros medios”. Claro que de este modo e indudablemente sin desearlo, destapó una inoportuna caja de Pandora que alojaba un gran número de larvadas versiones del fenómeno, hoy motivo de investigaciones más minuciosas.

Las causas que nutren una confrontación provienen de la dinámica nacional e internacional, aunque la participación de un país también depende de otros factores. La combinación de tales componentes que nos lleva a la noción de totalidad en la guerra, fue estudiada en principio por estrategias alemanes como el general Erich Lüdendorff. Hasta Federico Engels, escudero del marxismo teórico, se interesó vivamente en la “nación en armas” y Vladimir Ilich Uliánov (Lenin) subrayó muchos de los párrafos escritos por el prusiano Clausewitz en “De La Guerra”.

Si bien esta concepción es posterior a Clausewitz, la generalidad de la definición del pensador militar deja espacio para tenerla presente sin tener que recurrir a presiones. Ese modelo de guerra, con sus actualizaciones cosméticas posteriores, es el que predominó durante muchos años y ahora la designamos

“guerra convencional”. De esta manera, describimos un proceso político-militar de fuerza que se emplea para lograr objetivos considerados tradicionales, clásicos o históricos.

El escenario del conflicto no tuvo cambios llamativos hasta la segunda década del siglo pasado, cuando los marxistas-leninistas mutaron la imagen vigente del *casus belli*. Revolucionario visceral, Lenin realzó el factor político en el conflicto y sentenció que “la política es la continuación de la guerra por otros medios”. Al invertir la noción de Clausewitz, indirectamente lo criticó por no darle a la política toda la ubicación que le cabía en el evento. En la visión revolucionaria leninista, la lucha de clases era la batalla central entre los oponentes.

Clausewitz entendió que la guerra era un multi-producto social agitado por intereses políticos muy activos aunque no garantizaban su legitimidad. En esos tiempos, la imaginación de los líderes militares los incitó a desarrollar nuevos razonamientos dentro del formato ideológico prevaleciente y comenzó a madurar el arte y ciencia de la estrategia moderna. En aquel momento histórico de cambios, no se puede culpar al filósofo prusiano por avanzar con su teoría sin cuestionar el respaldo intelectual que predominaba. A mi entender, llegó a la cumbre cuando situó la política como motor del enfrentamiento.

Por eso amonestó a quienes hacían una interpretación superficial del acontecimiento, “...no debemos cometer el error de considerar la guerra únicamente como un acto de fuerza y aniquilamiento....Es necesario volver a la noción de guerra como acto político, una guerra que no tiene su ley propia pero es guiada por una mano. Esa mano es la política”.

La guerra es cruel porque recurre a las armas que causan daño y dolor a personas y bienes, culpables e inocentes, implicados voluntariamente o no en la lucha directa o indirecta. Las armas de la nación son utilizadas por las fuerzas armadas (FF.AA.), la institución castrense del Estado que tiene el deber y atribución de defender los intereses comunitarios, aplicando la fuerza sobre el enemigo. Con esa facultad legal, las FF.AA. se adoctrinan, organizan, equipan y entrenan para hacer uso de

las armas de acuerdo con la misión que reciben del gobierno.

Con estas obligaciones y atribuciones, las FF.AA. se alistan para emplear la fuerza cuando el poder político le ordene, o sea, hacer la guerra. Las FF.AA. son subordinadas a las autoridades legítimas del Estado con el objeto de defender las instituciones nacionales y los intereses del pueblo. Veremos luego que esta sencilla mención del papel legal inherente a la función de los cuerpos militares, tiene una implicancia trascendente en la guerra no convencional.

El poder de las FF.AA. no necesariamente se prueba con la destrucción que pueden causar. También pueden disuadir, es decir, amenazar con la aplicación de la fuerza para desalentar un supuesto ataque y sugerir el abandono de cualquier proyecto agresivo. Este modo de uso de los servicios militares no es fácil de configurar y tiene un costo elevado. No basta con declamar la utilización de la fuerza contra un oponente. El destinatario tiene que entender que puede sufrir un serio revés si intenta una agresión. Por otro lado, el Estado que disuade debe demostrar fehacientemente que tiene la fuerza indispensable y, especialmente, la decisión de usarla.

Una declaración puramente retórica sobre una disuasión carece de efecto positivo, sobre todo si las FF.AA. tienen una dudosa potencialidad, el gobierno es timorato y las autoridades no renuevan equipos y sistemas de armas o no le dan importancia al entrenamiento de las tropas. En este caso, la verborragia del discurso no hace mella en las intenciones amenazantes de los estados agresivos. Ningún documento o anuncio, por enérgico y ceremonioso que sea, es tan eficaz como la visión cabal de sistemas de armas poderosos.

La atrocidad de la guerra es consecuencia de los métodos y equipos empleados. Las FF.AA. no pueden escapar a esa realidad. Por eso quienes saben de esos efectos, aconsejan prudencia y moderación antes de tomar la decisión de desencadenar una conflagración. Los profesionales de las armas conocen mejor que nadie el trauma del conflicto bélico y por eso son vehementes al recomendar templanza y madurez a los dirigentes políticos que se de-

jan dominar por la exaltación durante la elaboración de las decisiones.

Hay que entender que las FF.AA. no son instituciones que cultivan la paz. Esa función es eminentemente política. Sin embargo, tampoco se las puede acusar de fomentar la guerra. Recordamos que Sun Zi tuvo palabras a este respecto, pues conocía las consecuencias funestas de una confrontación descontrolada. Una experiencia en esta materia es el aliciente apropiado para mantener la contienda dentro de un terreno racional.

Sun Zi remarcaba que “la victoria es el principal objetivo de la guerra”. Afirmar lo que es obvio no es un mérito, pero el general chino no era ingenuo. Hiperbólicamente Sun subrayaba cual era el efecto primario de la guerra y alertaba sobre la consecuencia de las vacilaciones, la incertidumbre sobre el objetivo o la ejecución de una campaña desordenada. Es erróneo asignar a las FF.AA. un fin pacifista contradictorio con su destino natural. Aquellas fuerzas que se dejan conmovir por el pacifismo, terminan subyugadas por el hedonismo.

Estas reflexiones no repelen el deseo de lograr triunfos más económicos, por ejemplo consiguiendo que las fuerzas rivales declinen el ataque a las propias. Sun Zi dijo que “la culminación de la habilidad es someter al enemigo sin librar combate”. Esta enunciación pareciera ser inviable, pero nadie se mofa de ella entre quienes dirigen la guerra no convencional. La típica asimetría negativa de esa contienda, donde el agresor es más débil que el defensor, necesita nivelar las diferencias tanto como pueda y de lograrse esa situación ideal, optimizaría de manera insuperable la estrategia ofensiva.

Para no pecar de excesivo optimismo, Sun propuso otra opción, “si estoy en buen orden y mi enemigo en desorden, si soy enérgico y él negligente, aunque él sea numéricamente superior, puedo presentar batalla”. A su vez, Meng Zi (Mencio, 370 aC) atemperó el razonamiento de Sun, “desde luego, el pequeño no puede igualar al grande, ni el débil equipararse con el fuerte, ni los pocos con los muchos”.

Por su lado, Chia Lin deslizó una fuerte crítica a los jefes políticos que quieren pasar por estrategas expertos, al decir “no hay mayor pe-

ligro que las órdenes enviadas por el soberano desde la corte”. Hoy como ayer, “aquel ejército cuyos generales son competentes y no sufren la ingerencia del soberano, saldrá victorioso”. Los líderes actuales no deben echar por la borda estas perennes meditaciones, especialmente quienes suponen que pueden conducir la guerra desde cómodas oficinas abarrotadas de sensores y pantallas, donde hay otra realidad.

A Sun Zi le preocupaba la guerra de larga duración y así lo dio a conocer: “ningún país se ha beneficiado jamás de una guerra prolongada”. Pero tengo la sensación que esta cavilación no fue descubierta en la ocasión debida. Si el mundo occidental se hubiera ocupado desde 1924 en analizar la campaña que iba a convertir China “nacionalista” al marxismo, la especulación de Sun no hubiera pasado desapercibida. Más aún, el temor hubiera crecido con la lectura de los escritos de Mao Zedong, como “La Guerra de Guerrillas”, “La Guerra Prolongada” y “Los Problemas Estratégicos Chinos en la Guerra Revolucionaria”.

Más de dos milenios después, Mao confirmó la aprensión de Sun Zi al anunciar que sus “conquistas se realizarían con la estrategia cuya columna vertebral era la guerra prolongada”. Esta doctrina inspiró la Gran Marcha de los 12 000 Li (un li = 576 m) entre Jiangxi y Yenan, desde 1934 a 1936. En ese lapso se consolidó el Partido Comunista Chino que construyó los pilares de la posterior revolución subversiva.

En la Gran Marcha, las fuerzas maoístas circularon por doce provincias y sostuvieron más de 200 encuentros con los ejércitos conducidos por el generalísimo Jiang Jieshi (Chiang Kai-chek) del Guomindang (Partido Nacionalista de China), recibiendo duros reveses y celebrando resonantes triunfos. En esa época, las lecciones de Sun Zi estuvieron presentes en la estrategia y la táctica maoísta. La doctrina militar revolucionaria se vertebró apelando a dos afirmaciones claves, “no se puede ganar ninguna batalla adoptando una actitud estática” y “cuando el enemigo avanza, nos retiramos; cuando el enemigo vacila, lo acosamos; cuando el enemigo trata de evitar la ba-

talla, atacamos, y cuando el enemigo se retira, lo perseguimos”.

Mao adhirió a otros preceptos de Sun derivados de la “otra clase de guerra” que el histórico general ya presentía. Con esa intuición, Sun elaboró otra de sus valiosas sentencias, “la moral del enemigo es el blanco de mayor prioridad y su deterioro es un requisito esencial previo al encuentro armado”. Tal vez sin saberlo, Sun Zi incursionaba en el terreno de las futuras operaciones psicológicas (PSYOPS, Psychological Operations). Mao refrendó la idea de Sun, señalando que “las armas son importantes pero no decisivas; lo que más cuenta es la inteligencia del hombre”.

Actualmente, las naciones dedican una atenuada atención a la evolución de la guerra, puesto que los contendientes no siempre respetan los mínimos criterios humanitarios. Con esa supervisión internacional se procura proteger a quienes son víctimas inocentes de los encuentros armados, heridos y prisioneros. De allí la emisión de las denominadas “reglas de empeñamiento” que aspiran a regular los procedimientos de lucha para conseguir que tengan menos ensañamiento.

Sun Zi desaprobaba la muerte inútil de los adversarios capturados porque no aumentaba el brillo de la victoria y a ese fin recomendaba, “trata bien a los prisioneros y cuídalos”. El guerrero orgulloso de sus victorias, no debe permitir que una pasión desmandada manche su prestigio. La muerte y la destrucción implícitas en la guerra son inevitables, pero los gobiernos siempre pueden encontrar modos de poner límite a la barbarie.

Zao Zao y Chang Yu, discípulos de Sun, estipularon respectivamente que “el ejército no puede ser dirigido con arreglo a las normas de la etiqueta” y “la benevolencia y rectitud se pueden practicar en el gobierno de un Estado, pero no en la conducción de un ejército”. Por eso las FFAA. redactan códigos y normas de conducta ajustados a sus usos y singularidades. Si los servicios armados son dirigidos por profesionales educados con principios de humanidad, caridad, templanza y valor, no habrá desbordes. El deber será cumplido y no habrá confusiones que empujen al ejército “a llevar al otro a la victoria”.

Un guerrero anónimo de aquellos días compartió el pensamiento de Chia Lin, diciendo “hacer designaciones, incumbe al soberano; decidir en la batalla, al general”. Cuantas contiendas no se hubieran perdido si este consejo hubiera sido tenido en cuenta con regularidad. Las FF.AA., dirigidas por los líderes políticos y militares desde sus respectivas posiciones sin interferirse mutuamente, no sufrirán confusiones y el cumplimiento de las órdenes no correrá peligro de ser discutido.

Es fundamental en la guerra conquistar el triunfo quebrando la voluntad del opositor, pero la continuidad o terminación de la resistencia indicará hasta dónde se concreta la decisión política. Esa incógnita requiere que el atacante se esfuerce para hacer realidad el fin de la guerra. El quebrantamiento de la voluntad no siempre incluye el cumplimiento de la decisión del vencedor, ni garantiza que se satisfagan todos los ítems contenidos en el objetivo del conflicto.

En la Operación Desert Storm (Iraq, 1991), la coalición ganadora doblegó la voluntad de Saddam Hussein, pero la decisión que había inducido la confrontación, sólo había sido cumplida parcialmente. Esta impresión se confirmó cuando una década después Iraq, en manos de los mismos dirigentes, forzó un nuevo *casus belli* que más tarde se convirtió en “la otra clase de guerra”. A mi juicio, quedó confirmado que en la campaña previa había habido un cumplimiento recortado del objetivo fijado en la decisión política primitiva.

La decisión no concluye cuando un vencido anuncia que deja de combatir. Queda completada solamente cuando el deseo o necesidad implícitos en el objetivo es cumplido totalmente. La decisión adoptada por un líder de llevar un pueblo, país o fracción a la guerra es un hecho de extrema gravedad y por lo tanto, los cambios de objetivo en el curso de la campaña deben descartarse, a menos que se entrevean ventajas muy superiores a las previstas, en cuyo caso se preparará otra campaña.

Clasificación de la guerra

No cuestiono otras clasificaciones, simplemente propongo una personal por razones de

practicidad para desarrollar los próximos capítulos. Al mismo tiempo sugiero no calificar como guerra a cualquier refriega u operación que no reúne los requisitos mínimos de este fenómeno. En este campo, los medios de comunicación suelen abusar del término para darle más espectacularidad al tratamiento de las noticias. Por lo tanto, habrá que aprender a lidiar con diferentes nominaciones, pero los profesionales de la defensa no tienen que dejarse engañar por esa diversidad y por lo tanto deben ceñirse a los criterios académicos y doctrinarios aceptados.

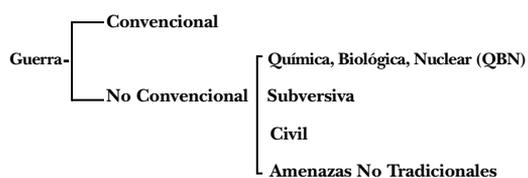
Es usual designar como guerra la actividad regular de combate que desarrollan algunas especialidades militares. En esa nominación hay una no confesada intención de fundar feudos conceptuales particulares que sustenten el prestigio y poder institucional de quienes pertenecen al sector. Esas designaciones se refuerzan sumando interpretaciones doctrinarias y traducciones discutibles que supuestamente respaldan la presentación de los especialistas. Por lo tanto, no hay que sorprenderse si los operadores de tales sistemas de armas y sus dotaciones auspician lo que me permito titular “guerras privadas” con una pizca de humor.

¿Acaso nadie ha oído hablar de la “guerra” electrónica, aérea, naval, terrestre, espacial, psicológica y otras no menos ostentosas? Hasta donde sé, ninguno de esos ámbitos o actividades puede llegar a generar una guerra por sí solo y mucho menos una específica. No obstante, no estoy negando la posibilidad de realizar operaciones en los escenarios citados, pero caracterizar esos procedimientos como una guerra, es demasiado.

Sin decirlo expresamente, tales nominaciones establecen una suerte de híper valoración de una forma de combate en el marco más amplio de una contienda. Es como si se deseara crear la ilusión que el resultado de la conflagración se resolverá en esos campos operativos o con esos sistemas, en tanto que los otros actores se limitarán a cumplir un rol secundario o auxiliar.

Concluyendo, niego la existencia de las “guerras privadas” y declaro mi total adhesión a la intervención equilibrada de las fuerzas en

la proporción que determine el plan de operaciones, cuya meta es el logro del objetivo. Por su grandiosidad, la guerra tiene su identidad exclusiva. Este planteo no reniega de la actividad que se desarrolla en un conflicto convencional moderno, donde hay procedimientos aéreos, electrónicos, psicológicos, terrestres y de otros tipos. Respetando la doctrina, habría que hablar de las operaciones a través del aire, en el mar, sobre la tierra y en el espacio, de operaciones electrónicas, psicológicas o lo que corresponda. Vayamos ahora a la clasificación de la guerra:



La “guerra convencional” tiene una larga historia cuyas raíces se remontan a los orígenes de la humanidad. Eso no quiere decir que los pueblos hayan resuelto siempre sus diferencias con esos conflictos. Es el tipo que atrajo más a militares, dirigentes políticos e historiadores por igual. Sin embargo, llama la atención que los investigadores hayan dedicado poco tiempo al conocimiento de otras contiendas, que no necesariamente eran más benignas, aunque puede que no fueran tan convocantes.

Las reglas de ejecución de la guerra convencional se discuten en foros abiertos, procurando mantenerlas dentro de confines controlados. Es considerado “convencional” el choque franco y frontal de las fuerzas militares de países miembros del elenco internacional, que quieren resolver sus desentendimientos por vía de la violencia bélica. En esos contendientes, las FF.AA. son instituciones públicas regulares, están conducidas por profesionales y forman la columna vertebral del sistema de defensa.

Las campañas que emprenden las fuerzas militares, se planifican conjunta o combinadamente, mientras que sus estrategias y tácticas se basan en experiencias largamente reiteradas y ratificadas en combate. Las fuerzas respetan criterios de empeñamiento prefijados por

las partes, usan un vestuario uniforme, no niegan su identidad nacional y el rival es normalmente tratado con ajuste al derecho internacional público y el derecho de guerra.

Las causas de estos conflictos no han tenido demasiadas variantes a través del tiempo. Es como si estuvieran estandarizadas, aunque los intereses defendidos pertenezcan a distintos protagonistas. En tiempos recientes, los estudiosos han descubierto otra categoría de contienda que oscila entre la convencional y no convencional, y puede ser un ejemplo reducido de cualquiera de las dos.

Me refiero al conflicto de baja intensidad (*Low Intensity Conflict, LIC*), que sólo puede ser planeado por países con una importante capacidad política, militar y económica. Eso les permite empeñarse en una guerra o tal vez dos simultáneas, sin verse obligados a utilizar todas sus reservas en el evento. También puede ser considerado LIC un conflicto político-militar interno de poca magnitud y el que dirime discordias de pequeña envergadura entre estados de segundo nivel.

Los LICs comprometen parcialmente los recursos de un país y por lo tanto el empleo militar es considerablemente menor (USA-Panamá-Grenada; Perú-Ecuador). Como esta categoría de confrontación se lleva a cabo en escenarios territorialmente pequeños, los objetivos tienen importancia acorde y explican la movilización restringida del Estado más poderoso.

Sin embargo, cuando los países enfrentados tienen una gran diferencia de potenciales, es difícil que se conforme la figura nítida de un LIC. El menos fuerte se verá obligado a movilizar la totalidad de sus medios porque estará en juego su supervivencia o independencia, es decir, se planteará lo más parecido a la necesidad de una guerra total. En esos casos, hay propensión a dejar de lado las reglas de empeñamiento convencionales, como se ha visto en Argelia y Viet Nam.

En la guerra convencional, los analistas han rescatado recientemente dos estrategias, las “operaciones en paralelo” y las “operaciones asimétricas”, la segunda ya conocida. Ambos modelos son útiles para la mayoría de los conflictos mencionados. La maniobra en paralelo

no es otra cosa que la ejecución simultánea de varias o todas las fases de una campaña, desarrollada en cualquiera de los ambientes operacionales (aire, mar o tierra).

Esta estrategia está disponible para quien posee un gran poder militar y puede ejecutar las fases al mismo tiempo. Esa operación fue implementada en Desert Storm (1991), cuando la coalición occidental aprovechó el impacto psicológico sobre el enemigo y lanzó un ataque múltiple para impedir su recuperación, aplastar su defensa aérea e inmovilizar sus fuerzas militares.

Las operaciones asimétricas, que siempre tuvieron sus practicantes, encontraron a sus más hábiles seguidores entre quienes descubren la fragilidad de la defensa rival para aplicar localmente un mayor poder relativo. Esta estrategia también aprovecha los descuidos o impericia del oponente para atacar y retirarse enseguida.

Así como la guerra convencional ha recibido la preferente atención de los historiadores y analistas, no podemos afirmar lo mismo de las guerras no convencionales, donde se observan demasiadas brechas cognitivas. En cambio, las contiendas ortodoxas que martirizaron durante tantos siglos a los pueblos, lentamente están perdiendo habitualidad. Empezar una de estas guerras, obliga a realizar infinitos sacrificios que no cualquier gobierno está dispuesto o puede hacer. Además, la proliferación de los regímenes democráticos y la letalidad de los sistemas de armas actuales, impulsa a meditar con más calma a los dirigentes. La guerra ya no despierta el mismo entusiasmo patriótico y competitivo de épocas pasadas.

Si la guerra convencional se hacía antiguamente sin el consentimiento de los enrolados ni del pueblo, hoy no podría hacerse lo mismo sin la conformidad de la sociedad. Difícilmente los líderes políticos podrán arrastrar una nación a una guerra de este tipo sin la táctica aprobación popular. Estas consideraciones no deben llevarnos a suponer que la guerra está dejando de ser un medio para lograr objetivos mediante la violencia. Pensar que la paz es un destino que concluirá por imponerse entre los seres humanos, es una utopía que puede perjudicar la calidad de la defensa nacional.

La guerra que hizo su irrupción en el amanecer de los tiempos, ha venido repitiéndose sistemáticamente en el planeta y nada hace suponer que esa simple realidad vaya a cambiar a pesar de los propiciadores de la paz. Por eso, quienes así entienden la continuación de este fenómeno socio-político-militar, alientan a los estados a perfeccionar los recursos de la supervivencia y apoyan la creación de nuevos ingenios defensivos.

Cuando un sector en desventaja se siente amenazado o tiene ambiciones que exceden sus aptitudes, trata de encontrar modos de resolver la situación deficitaria. Para conseguir ese propósito perentorio, no hay que excluir que los jefes recurran a métodos agresivos que se desconectan de los ejemplos históricos. La consecuencia de esa búsqueda puede desembocar en un conflicto definido como "guerra no convencional". Desde luego, es una manera grosera de nivelar fuerzas, pero no se puede negar que esa alternativa existe como modo de acción posible, más allá de la crítica que atraiga la oprobiosa elección.

La guerra no convencional es una suerte de derivación bastarda de la ortodoxa, la cual no puede ser emprendida por un sector considerablemente más débil que su contrario. Si bien el probable atacante ve sus aspiraciones entorpecidas por la carencia de una potencia adecuada, su condición no le impedirá la búsqueda de soluciones coyunturales que le permita comenzar el avance aunque sea con dificultades iniciales.

Es preocupante que la guerra no convencional, como método, interese más a los grupos que exploran formas de confrontación con uno o más estados organizados. Esos sectores, que por lo general no se someten a los dictados del derecho internacional, ven a esa forma de combatir como una alternativa para los que no pueden embarcarse en una guerra convencional para obtener sus objetivos. Es una opción operativa políticamente tentadora, que por ese solo hecho convierte a muchas regiones en potenciales focos eruptivos. La ductilidad de estos conflictos tiene un atractivo suplementario para los utilizadores.

El iniciador de una guerra no convencional normalmente se declara libre de ataduras a las

normas y principios éticos-morales propios de los estados democráticos, lo cual le da más libertad de acción y compensa algunas de sus desventajas relativas. La guerra heterodoxa es como una ameba que, además de expandirse irregularmente, se beneficia con los errores e ignorancia del contrario.

No es sencillo detectar con anticipación una guerra no convencional, particularmente cuando recién comienza a gestarse. Las manifestaciones del conflicto son prolijamente camufladas con toda clase de perturbaciones políticas, sociales y económicas que procuran confundir a las autoridades y población del Estado agredido. El atacante, más endeble y huidizo, se expande horizontalmente negociando alianzas ideo-políticas que le pueden reportar territorio transitorio donde establecer “bases” logísticas de sostén.

La línea de contacto entre los contendientes es una entelequia porque es imposible de trazar y, si existiera, sería abusada sistemáticamente. El defensor se aturde porque no sabe donde empieza y termina su dominio territorial real. El establecimiento de un teatro de operaciones (TO) parcial es ilusorio porque cualquier perímetro es etéreo y Al Qaeda ofrece un ejemplo emblemático.

La guerra química, biológica y nuclear (QBN)

Por la clase de sistemas de armas que se utilizan en las guerras no convencionales, es muy probable que el terror tenga una incisiva influencia política y defensiva. La amenaza o uso real de un arma QBN sobre blancos localizados a modo de advertencia sobre lo que puede continuar (Hiroshima y Nagasaki, 1945), tendría una repercusión psicológica monumental, al punto que podría motivar la negociación de un armisticio inmediato.

Cualquiera de las armas hipotéticamente utilizables en este conflicto es considerada de destrucción masiva (*Weapon of Mass Destruction*, WMD), pero no cualquier operador está habilitado, científica y logísticamente para fabricar, manipular y diseminar ojivas letales. Sin embargo, un pueblo puede ser paralizado

por los apocalípticos anuncios que realicen los medios de comunicación, aunque no estén probados por circunstancias fehacientes.

Estas armas son prácticamente desconocidas por el público común, ya que los informes confiables de las pocas experiencias de campo realizadas, se mantienen en estricta reserva. Para emitir una opinión responsable sobre el efecto de estas armas, se requieren datos complementarios sobre el entorno de la zona de impacto. Sin embargo, podemos asegurar que un arma QBN es capaz de provocar resultados indirectos ponderables con sólo amenazar su lanzamiento sobre un centro urbano. No obstante, si ese procedimiento se concreta, los países avanzados disponen de refugios individuales y colectivos pasivos.

La mayor presión que recibiría un gobierno para evitar un lanzamiento, procedería de la población civil, siempre más expuesta a las consecuencias de las radiaciones, altas temperaturas, inhalación de gases y contaminación química. Es difícil pronosticar la reacción de una comunidad amenazada por un lanzamiento QBN inminente y lo que se especule al respecto, no es más que un ejercicio teórico. El terror colectivo podría obligar a un Estado a rendirse antes de sufrir un ataque masivo de este tipo. Por eso, la amenaza del uso puede ser eficaz y menos traumática que un lanzamiento real. Los vectores usados en la guerra del Golfo (*Scud B*) o en la difusión de ántrax (USA) son mini ejemplos para evaluar.

Cualquier observador tiene derecho a plantear unas pocas preguntas. Si un arma QBN puede desatar el caos, ¿por qué las potencias nucleares han fabricado millares de ojivas multimegatonas, con el consiguiente costo de conservación y mantenimiento? ¿Será porque el radio del daño y el poder destructivo no es el trascendido? Las WMDs, ¿se retienen con fines exclusivamente disuasivos?

Lo cierto es que buena parte del miedo causado por las amenazas es fruto del retaceo de la información y su remplazo por alarmantes suposiciones. A pesar de estas especulaciones, sabemos que las WMDs tienen un gran poder y requieren un estricto control internacional. USA y UK lanzaron la Operación “Iraqi Freedom” en 2003 debido a la sospecha que Sa-

ddam Hussein contaba con WMD y el recuerdo que en la guerra Irán-Iraq (1980-88) ese personaje había usado gases en gran cantidad.

Si bien la construcción de las WMDs exige conocimientos y equipos avanzados, las teorías procesales elementales ya han sido divulgadas al extremo de temer que sectores extremistas se animen a emprender una producción artesanal reducida con el fin de usarla en actos terroristas. La reciente reunión de 47 jefes de Estado en Washington (USA, Abr.2010) para discutir el terrorismo con WMD es muy elocuente.

El eventual empleo de estas armas podría tener derivaciones muy peligrosas si no se tomara en cuenta la influencia protagónica de la meteorología. Supongamos que se hace un lanzamiento contra un blanco relativamente próximo. En ese caso, se plantearían numerosas dudas sobre el desplazamiento de los residuos tóxicos y radioactivos. Nadie podría estar seguro que en poco tiempo una parte o todos los componentes letales que precipitan, no invertirían la dirección del avance inicial y regresarían al lugar de partida por efecto de vientos imprevistos.

En ese caso, ningún científico se atreverá a jurar que los productos mortales provocarán en territorio propio menos víctimas que en el país enemigo. Las operaciones QBN aún carecen de la seguridad indispensable y tal vez ese detalle sea la traba más eficaz contra su empleo desprejuiciado. Además de los refugios, las principales FF.AA. disponen de medios de protección y descontaminación.

Si la probabilidad de una guerra QBN es muy baja, ¿entonces para qué gastar cifras enormes en WMD presuntamente inservibles? Es que la amenaza, a pesar de todo, es pertinaz y continúa expandiéndose. En 1945 había un solo país con aptitud de lanzamiento nuclear (USA). Sesenta y cinco años después, se agregaron Rusia, Francia, UK, China, Israel, India, Pakistán, Corea del Norte y en poco tiempo más se sospecha que lo hará Irán.

Por ahora la guerra total QBN es una hipótesis suicida y su consecuencia más espectacular es el espléndido negocio que hacen las empresas participantes en la fabricación de estas armas, refugios, productos de desconta-

minación, vestuario especial y equipos sanitarios. Sin embargo, no podemos dejar de lado que algunos estados con aptitud QBN están gobernados por personajes poco fiables. Alguien puede inquirir con lógica, ¿y si uno de esos dirigentes es dominado por un paroxismo irrefrenable?

La guerra subversiva

Es un modelo de confrontación de extrema complejidad que aún sigue teniendo numerosos ángulos desconocidos, hasta entre los profesionales de la defensa. La comunidad mundial revela una inexplicable reluctancia a investigar a fondo este tipo de contienda y hasta se ha llegado a negar su existencia. Tal circunstancia ha prohiado la escasa emisión de teorías sobre las causas, fines y métodos relacionados con su estructura.

El ocultamiento doloso de la verdad, conspira contra la firma de convenios internacionales que, de haberse negociado, trabarían la práctica de este conflicto. El velo que deliberadamente los promotores tienden sobre los fundamentos filosóficos que en cada caso alientan esta contienda, ha posibilitado que pase desapercibida en no pocas ocasiones y sobre todo en el período inicial. Luego, el fraude sobre los objetivos perseguidos, facilita la mimetización y hasta abre paso a una falsa sensación de inexistencia de la subversión.

Esta guerra no recibe el mismo tratamiento mediático que una contienda convencional, porque en el proceso subversivo la prensa constituye un valioso instrumento operativo que comentaré más adelante. Cuando en el siglo pasado la guerra subversiva conducida por la *nomenklatura* (burocracia comunista) soviética estaba viva en numerosos países del planeta, un general retirado del Ejército francés me confió bajo promesa de reserva que en su país tenían serios problemas para conservar la documentación académica producida con motivo de las guerras en Indochina y Argelia. Personeros de la administración buscaban esos archivos y los destruían, por lo cual oficiales franceses rescataban el material sal-

vado y lo ocultaban en domicilios privados. Este modelo de lucha continúa activo.

Los gestores de la guerra subversiva intentan silenciarla, puesto que su avance depende en buena medida de la falta de conocimiento que tiene el oponente atacado sobre las tácticas y procedimientos que lo hieren. El desinterés público sobre esta guerra, tiene una delicada consecuencia indirecta sobre la seguridad de los estados amenazados por un proyecto subversivo.

Desalentar la investigación de la contienda, es una forma eficiente de agravar la indefensión del rival. A las facciones que recurren a esta forma de lucha, les preocupa sobremanera que el contrario se informe anticipadamente sobre sus cursos de acción, métodos y objetivos, porque cuanto menos sepa acerca de la estrategia y tácticas, aumentará la probabilidad del éxito revolucionario.

La campaña orientada a inspirar el desconocimiento del adversario se basa en programas estables de larga duración. Como el agresor quiere mostrar al gobierno agredido una falsa imagen de sus pretensiones de modo de compensar la asimetría negativa de sus fuerzas, tiende un manto de discreción sobre sus procedimientos operativos que refuerza el aprovechamiento de la iniciativa y la sorpresa. Cuando un gobierno sabe menos sobre el tipo de contingencia con la que se ve obligado a lidiar, alivia la tarea del ofensor.

Este modo de confrontación tuvo su momento cumbre a lo largo del siglo XX, cuando el comunismo soviético lanzó su ambicioso plan de transformación ideopolítica mundial. Los soviéticos avanzaron impetuosamente con ayuda de la "guerra revolucionaria", o sea una versión de guerra subversiva alineada con los principios marxista-leninistas. El bloque opositor, denominado erróneamente *occidental y cristiano* (no era totalmente ni una, ni otra cosa), acreditó a los ideólogos soviéticos el diseño de tal forma de penetración. Por su parte, el Politburo de la URSS nunca reconoció oficialmente ser el mentor de las guerras revolucionarias que encendían el planeta.

Quienes aprecian que sus fines se lograrán con una guerra subversiva, están dispuestos a conseguir sus objetivos mediante una confron-

tación sin término temporal preconcebido o "guerra prolongada". La estrategia que se acomoda a este conflicto, llamada "estrategia sin tiempo", se configura con dos etapas sin duración limitativa: la conquista del poder político y el cambio radical de los fundamentos ideoculturales del país atacado. Los ejemplos más importantes que llegaron a materializarse, prueban esta aseveración: Cuba, China Popular, Corea del Norte y Viet Nam, pero otros muchos fracasaron mostrando que la guerra subversiva tiene sus flaquezas. Esta contienda es un caso nítido de guerra total, donde está en juego el libre albedrío de los ciudadanos.

La guerra civil

Es una confrontación fratricida que estalla en el interior de un Estado debido a una fractura política de la población, a veces combinada con factores religiosos, étnicos o regionales. Las partes usan la fuerza para imponer sus objetivos al oponente, pero la victoria de una fracción no supone la modificación de la cosmovisión comunitaria. Este conflicto es fruto de la intemperancia cívica de los dirigentes, dominados por el extremismo y dispuestos a superar el nivel de ruptura en persecución de una solución. En esta guerra, las fuerzas triunfantes quedan tan deterioradas como las del rival en un final pírrico.

Las unidades combatientes se organizan con el aporte humano voluntario u obligatorio de ciudadanos comunes, con un adiestramiento militar precario y aun inexistente. El drama de cada bando es que los contrarios no son invasores extranjeros, sino probables conocidos, amigos y hasta familiares que piensan distinto. Sicológicamente, la improvisada tropa siente que son asesinos, uniformados o no, al servicio de un régimen o una forma de pensar.

No pocos comentaristas confunden la guerra subversiva con la civil, debido a un examen incompleto y superficial de tácticas y objetivos. Pero si analizan el problema con más detenimiento, advertirán las diferencias. En la guerra civil confrontan intereses que un cambio de gobierno o de régimen resolvería sin gran esfuerzo y es improbable que el objetivo

de los enfrentados exceda esa barrera. En cambio, el dirigente subversivo combate para configurar una sociedad sustantivamente diferente a la que le quiere imponer nuevos valores y creencias.

La llamada Guerra Civil Española (1936-39) es testigo de un gran error de apreciación sobre el conflicto que dividió al pueblo peninsular. Por entonces, los analistas no hurgaban demasiado en los sucesos acaecidos en la URSS de José Stalin o en la China de Mao, donde ambos dirigentes estaban embarcados en sendas revoluciones subversivas. Los dos se habían lanzado a fondo a construir utópicas naciones comunistas, partiendo de la destrucción preliminar de las respectivas sociedades existentes.

A la luz de los sucesos estudiados con un enfoque puramente objetivo, es entendible que la guerra española fuera clasificada como civil, ya que a primera vista parecía ajustarse a las condiciones de esa contienda. Pero en la arena ideo-política se desarrollaba otro duelo que los actores no debatían. El bando “nacionalista” del Grl. Francisco Franco intentaba derribar al gobierno “republicano”, también conocido como “rojo”, que fogueaba un proyecto de guerra subversiva con auspicio soviético.

Cabe señalar que los “nacionalistas” contaban con la contribución de fuerzas alemanas e italianas, y los “republicanos”, con la cooperación de las “brigadas internacionales” formadas por voluntarios de variados orígenes, inclusive soviéticos, que recibían soporte material y financiero de Stalin. Esta sola realidad desmentía la clasificación de guerra civil atribuida al conflicto.

Hoy las guerras de este tenor, además de ser escasas, están salpicadas por factores importados que generalmente ocultan alguna intención subversiva. La organización Al Qaeda tiene una activa gestión de este tipo en escenarios africanos y asiáticos, aprovechando su infiltración en sectores políticos y religiosos locales.

Los conflictos no tradicionales

La desaparición de la bipolaridad mundial con la implosión soviética de 1989, le dio marco a la geopolítica planetaria para encarar

una significativa remoción. Uno de los efectos positivos de ese terremoto político fue la reducción de las megas confrontaciones ortodoxas. En el nuevo teatro global, el intercambio nuclear masivo parece ser una entelequia y la humanidad aprovecha el período para avanzar en el terreno socio-educativo, económico y del conocimiento. Sin embargo, los genes del hombre parecen estar incómodos en esta situación más civilizada.

Los países y sus habitantes siguen sin terminar de resolver sus rencillas, engastadas en su naturaleza hormonal. Esas condiciones dan lugar a que disputas que se mantuvieron aletargadas durante decenios, resurjan de pronto con un brío digno de mejor causa. En el lado oscuro del hombre, siempre hay alguna razón para incitar el renacimiento de su ancestral espíritu guerrero, sobre todo si entrevé que esa manera de reaccionar puede llevarlo a satisfacer las ambiciones personales y colectivas por fuera de las molestas regulaciones comunitarias.

En esta configuración del mundo, ningún líder puede soslayar que la inteligencia de los científicos está llevando los índices de letalidad de los sistemas de armas a niveles de terror. Tales hechos posibilitan que las decisiones políticas lleguen a coquetear con la locura. De esta forma, la prudencia se convierte en un imperio urgente. El peligro de un descontrol inesperado, exige que los gobernantes se refugien en la sensatez.

Pero el hombre es un creador fértil que no abandona fácilmente sus proyectos, aunque la situación antes descrita aconseje cautela y serenidad. La ambición, las vocaciones, los intereses o el mismo dinero que siempre es un imán para los codiciosos, lo llevan a asociarse con fines ideológicos, ilegales y, porque no, también criminales. Si los promotores de esa curiosa *entente* soslayan la crisis moral, cualquiera de esos entornos se erigirá en una arena apta para albergar un conflicto con su habitual dosis de violencia. Las discordancias se tensarán durante el choque de las facciones, donde una se aferrará a la ley y el orden, en tanto que la otra representará a un bando contestatario.

Así queda esbozado el esqueleto de un conflicto con un formato desacostumbrado en el campo de la defensa clásica y los contendientes son comúnmente un Estado, su gobierno, las instituciones y la sociedad, y una organización, banda, fuerza, grupo delictivo o cártel que se anima a desafiar al anterior. Estos últimos oponentes carecen de territorio legal, pero infestan el teatro nacional sin inhibiciones. Tan dudosas compartimentaciones, que no son oficiales, étnicas ni geográficas, se detectan en Colombia, México, Filipinas, Somalia y SE asiático entre otros lugares.

Las causales de estas multiplicadas crisis son variadas y muestran algunas indicaciones que permiten presentirlas como el origen de pequeñas guerras. Sin embargo, solamente grupos minúsculos de analistas adelantados se atreven a catalogarlas como fuentes de conflictos formales. Cuando llegan a esa situación, raramente superan el nivel de un LIC doméstico.

Los factores mencionados a continuación tienen suficiente virulencia para engendrar un LIC y aunque son conocidos, no son los únicos. Me refiero al narcotráfico, las guerrillas mercenarias, las migraciones incontroladas, los nacionalismos intransigentes y el denominado crimen organizado, un verdadero monstruo de infinitas ramificaciones. Naturalmente, no todos tienen el mismo nivel de energía interna que les permita iniciar confrontaciones de gran escala. Sin embargo, algunas de esas amenazas cuentan con fuerza numérica y fortaleza logística para hacer tratabillar a un gobierno legal y poner en peligro la estabilidad de un país endeble.

El ofensor, si bien se moviliza usualmente dentro del país-objetivo, cuando le conviene

se aposenta en territorios vecinos sin respetar las fronteras políticas. La vecindad territorial del atacante tampoco es un requisito exigible. También puede elegir algún Estado más alejado que le ofrezca condiciones más favorables. En este sentido, nuevamente podemos señalar a Al Qaeda como ejemplo de despliegue horizontal en un número indefinido de países, haciendo la salvedad que esta organización está embarcada en una feroz guerra subversiva multinacional.

Resumiendo, las amenazas no tradicionales son las promotoras más asiduas de los LICs domésticos o sea que tienen lugar en el interior de un Estado. Cada LIC tiene su propio objetivo que busca resultados específicos y produce distintas clases de repercusiones. Entre los conflictos subversivos y los originados por amenazas no tradicionales, hay suficientes afinidades procesales tácticas como para que sean mutuamente confundidos o aunados. La individualización de cada tipo de confrontación se logra descubriendo el objetivo perseguido en cada caso. Contenidos y fines revelan las diferencias que los separan.

Los capítulos que se publicarán en adelante estarán destinados a incursionar en la teoría de la guerra irregular o no convencional, haciendo hincapié en el significado y proyección de la subversión, el terrorismo, el papel de las guerrillas, las contiendas actuales y el singular rol que el poder aéreo tiene reservado en esta clase de eventos. □

Notas

1. Sun Zi o Sun Tsu, fue un general chino que habría vivido hacia el año 500 aC y fue el supuesto autor de *El Arte de la Guerra*, un inigualado brevariario estratégico que racionaliza el conflicto armado.



El Comodoro (R) José C. D'Odorico, Fuerza Aérea Argentina (FAA), fue piloto de transporte aéreo con más de 5 000 hrs. de vuelo, habiéndose retirado del servicio activo en 1975. Se especializó en el estudio de la guerra revolucionaria marxista-leninista y la guerra subversiva. Es autor de tres libros y más de 350 artículos profesionales, algunos de los cuales fueron publicados en *Air University Review* y *Air & Space Power Journal*. Actualmente se desempeña como Asesor de la Revista de la Escuela Superior de Guerra Aérea (RESGA).

Declaración de responsabilidad: Las ideas y opiniones expresadas en este artículo reflejan la opinión exclusiva del autor elaboradas y basadas en el ambiente académico de libertad de expresión de la Universidad del Aire. Por ningún motivo reflejan la posición oficial del Gobierno de los Estados Unidos de América o sus dependencias, el Departamento de Defensa, la Fuerza Aérea de los Estados Unidos o la Universidad del Aire. El contenido de este artículo ha sido revisado en cuanto a su seguridad y directriz y ha sido aprobado para la difusión pública según lo estipulado en la directiva AFI 35-101 de la Fuerza Aérea.